

CASA MUSEO
UNAMUNO
SECCION

COMENTARIO

DE

MIGUEL DE UNAMUNO

ESTA infortunada isla de Fuerteventura, donde entre la apacible calma del cielo y del mar escribimos este comentario á la vida que pasa y á la que se queda, mide en lo más largo, de punta Norte á punta Sur, cien kilómetros, y en lo más ancho, veinticinco. En su extremo Suroeste forma una península casi deshabitada, por donde vagan, entre soledades desnudas y desnudeces solitarias de la mísera tierra, algunos pastores. A esta península se le conoce por el nombre de Jandía

ó de la Pared. La pared ó, mejor, muralla que dió nombre á la península de Jandía, y de la que aún se conservan trechos, fué una muralla construída por los guanches para separar los dos reinos en que la isla Majorata, la de los majoreros, ó sea Fuerteventura, estaba dividida y para impedir las incursiones de uno en otro reino. Y he aquí cómo este pedazo de Africa sahárica lanzado en el Atlántico se permitía tener una península y una muralla como la de la China en cuanto al sentido histórico. Porque aquí hubo historia en lo que se llama los tiempos prehistóricos de la isla, lo que quiere decir que aquí hubo guerra civil, guerra intestina entre los guanches que la habitaban. Sin duda porque el aislamiento les impedía tener guerra con los de fuera.

En los *Estudios históricos, climatológicos y patológicos de las Islas Canarias*, del Dr. D. Gregorio Chil y Naranjo—siguen sus títulos, que no son pocos—se dedica un capítulo—páginas 435 á 455 del voluminoso tomo primero—á los «Reinos de Fuerteventura». Reinos, así, y no reino. Porque esta isla estaba dividida antes que arribaran á ella sus primeros descubridores y conquistadores europeos en dos reinos por lo menos. Lo que quiere decir, repitamos, que aquí hubo historia; que no fué ésta una de esas idílicas—tomando lo de idilio en su más vulgar sentido moderno—islas del mar llamado por mal nombre Pacífico.

El Dr. Chil y Naranjo, varón ingenuo y candoroso, nos describe las costumbres de los primitivos guanches majoreros, diciéndonos que eran «alegres y amigos de las grandes fiestas», que «lloraban difícilmente» y que «por la resignación que tenían con su suerte, se puede decir que parecían verdaderos, estoicos». Y así continúan siendo sus habitantes de hoy, para consuelo y edificación de los desterrados que llegan á estas hospitalarias costas. Y hablando luego de su gobierno, dice el ingenuo Dr. Chil y Naranjo, una especie de Herodoto perteneciente á varias asociaciones académicas—entre ellas á una Sociedad de Aclimatación y á la Academia de Estanislao, de Nancy—, que «es de creer que el Gobierno era monárquico hereditario, con castas privilegiadas y una gerarquía—la g es suya y no nuestra—social que tenía el

mando de los ejércitos y ejercía la magistratura, bien que, desconociéndose la servidumbre, los altos puestos del reino eran desempeñados por los guerreros; esto es, por los *Atahas* ó hombres valerosos, á quienes por lo mismo no alcanzaba todo el rigor de las leyes penales». Y poco después añade que «el rey era siempre el supremo magistrado» y que «el oficio de carnicero y de verdugo eran reputados como infamantes».

Aquel «es de creer» del ingenuo Dr. Chil y Naranjo es de una rara

profundidad inconsciente. Es de creer, en efecto, que los dos reinos en que por la muralla estaba dividida la isla, eran dos monarquías hereditarias. Y esa división era la razón de ser histórica de la primitiva isla de Fuerteventura; era la raíz de su incipiente civilización analfabética.

«No obstante esa separación completa de los dos Estados, las guerras eran tan frecuentes, que, por decirlo así, los ejércitos de ambos reinos estaban siempre sobre las armas»—dice el ilustre miembro de la Sociedad de Aclimatación y de la Academia de Estanislao, de Nancy—. ¿No obstante? Todo lo contrario; merced á esa feliz separación—¡*felix culpa!*, que canta la Iglesia—eran frecuentes las guerras entre los dos reinos majoreros; gracias á esa feliz separación se aclimató la historia en esta isla.

¡Y habría que haber visto á las huestes del Norte, de la porción enormemente mayor, acudir desde Tuineje y Tesejerague y Tiscamanita y Ampuyenta y Chamotistafe y Triquibijate, jinetes en camellos, si es que entonces los había, como hoy abundan, en la isla—seamos cautos en la investigación—, acudir á la conquista de la rebelde península de Jandía! Y pasar al pie de la montaña Cardones—ayer la bordeamos, sólo que en *auto*—, donde estaba la sepultura del gigante Mahán, que medía 22 pies de largo. El ingenuo doctor no niega que pudiera haber existido una sepultura de esas dimensiones, pero se resiste, con escepticismo herodotiano, á creer que el esqueleto alcanzase «esa estatura colosal». Pero ya contaremos cómo era el esqueleto y no la sepultura el que medía ese tamaño.

¡Ah! Si pudiéramos evocar el espíritu errante de la pitonisa Tabiabin ó el de la sibila Tamonante, que vagan por las trágicas cuchillas de esta isla sedienta de agua dulce, ellos nos dirían qué fué aquella separación de la muralla de Jandía, la que á los pobres guanches les procuró el consuelo fuerte de haber nacido; qué fué lo que les dió, con la bendita guerra civil, la vida impeccedera de la Historia; qué fué lo que les hizo personas, es decir, ¡ciudadanos!

BELLOS PAISAJES DE ESPAÑA

